

LA EDUCACIÓN ACTUAL ESTÁ LLENA DE ENMUDECIDOS Y DEMASIADOS ENMUDECEDORES

La educación actual se presenta con neutrales enmudecidos y demasiados enmudecedores que acallan y ensordecen a niños y niñas al imponer lecturas de mundos, respuestas estrechas y cerradas que no escuchan preguntas ni opiniones diferentes y que practican la intolerancia y el desdiálogo.

Los docentes también fuimos adiestrados, enmudecidos y creciendo en el silencio. Su urgente tarea de hoy es rescatar la música de Beethoven, volver a componer la Novena Sinfónica y cantar junto a las niñas y los niños los sonos de Friedrich Hölderlin.

Esta situación necesita y puede variar. La educación puede ayudar a que los seres humanos se despierten de su letargo. Hacerlo le evitaría ser cómplice de marginaciones por el silencio, de la muerte del alma de los niños y de las niñas al negarles su derecho a la alegría y al pensar razonable, y de la corresponsabilidad en la intención de perpetuar situaciones de injusticia social.

Estas palabras no son desesperanzadoras, son sólo la constatación de los hechos. Y desde el pensar una humanidad sentipensante, histórica y social añoro nuestras capacidades de crear y recrear que tuvimos y tenemos. Hemos creado tantas cosas bellas y también hemos creado destrucción; por eso me pregunto inquieto ¿en qué recodo de nuestro andar se nos quedó esta capacidad de crear hermosura para regresar a recogerla?

Intentando explicarme por qué y dónde se extravió y cómo podría acogerse para tenerla nuevamente entre las manos, encamino mis pasos hacia la educación y el hacer en la escuela, institutos y universidad. Deseo leer y releer humanas cosmovisiones para entenderlas, descubrir sus intenciones y escribir algunas con tinta nueva en mi pluma. La humanidad-con demasiada frecuencia- es atravesada por una cultura del desamor, *desalógica y desdialógica* que ha confundido en sus prácticas de acogida y escucha. Muchas son las personas que optan por ese silencio que no nos complique con los demás; también, demasiados enmudecidos que ya están casi convencidos que desaparecieron o que nunca han existido.

La humanidad puede recobrar su condición dialogante si reaprende a pensar, a sentir y emocionarse en la fantasía de la vida diaria. Puede reaprender -en la escuela y fuera de ella- con una educación que sea esa práctica amorosa vivida de manera *cómplice y co-inspirativa* en la creación y recreación realizada por todos los seres humanos.

Las teorías educativas no pueden petrificarse en ministerios o en conversaciones que excluyen a quienes tienen que pedir prestada la palabra. Su humano sentido se vivifica en el hacer cotidiano de niños y niñas. Si realmente importa el vivir humano-en este caso en la educación- y se desea que todas las personas porten sus voces y palabras narradoras de sí y del mundo, se tiene la exigencia de superar cómodas y convenientes dicotomías

entre teorías y práctica, que incentivan la inacción y el descompromiso.

La educación es un hacer que ha acompañado al ser humano en su historia evolutiva como humanidad; desde y con ella realiza transformaciones, encuentra respuestas y soluciones nuevas a problemas emergentes que vive a lo largo de los siglos y puede -si lo desea- continuar haciéndose nuevas preguntas. Todas ellas son fruto del vivir social de personas históricas y creadoras que establecen relaciones con el medio donde les tocó vivir.

Niños y niñas son curiosos y tienen muchas preguntas desde que abren sus ojitos al mundo; quizás quieran saber por qué les podría rodear una soledad inmensa; luego desean hacer nuevas cosas y aprender otras, ya no les bastan sus ganas, necesitan de la presencia de alguien que reconociéndolos los invite, les preste su mano y les ayude en su descubrir. Aprenden a mirar, a sonreír, a caminar, a hablar, sin que en apariencia nadie se los enseñe. Y con sus compañeros de juego aprenden a convivir de manera dialogante, hablando con sus cuerpo mientras se acarician y conversan sin palabras habladas; su mundo próximo tendría que ayudarlos a crear y cuidar una *sensibilidad social y moral proyectiva* que les permita pensarse distinto del otro y cómo el otro.

En un momento de sus vidas asoman conocimientos y necesidades que precisan de la institución de la escuela y de personas honestas y generosas con quienes conversar y dialogar mientras se van regalando saberes y secretos de

cómo saber. Esas personas somos profesores /as que necesitamos entenderlos, acogerlos, hacerles pensar por sí mismos, ayudarlos a generar actitudes y conductas preparatorias para aprender y para elegir.

La educación bien puede ser un *caminar narrando* que recorren niños y niñas junto a sus profesores y profesoras cuando se encuentran en la escuela.

Niños y niñas no son cabezas para llenar, sino seres con ganas de jugar, de aprender, de soñar, de amar y de vivir; esto es lo que la educación y la escuela no deben olvidar. Pareciera existir una unilateral cultura de la enseñanza en las antiguas y fracasadas rutinas escolares que se han olvidado de la vulnerabilidad de niños y niñas.

Si realmente se piensa y siente que son seres frágiles que están aprendiendo a vivir se necesita una cultura del aprendizaje en una atmósfera nutricia, que proteja su aprender y crear en una *narración dialogada*. Esta cultura del aprendizaje exige abandonar clásicas rutinas escolares y tener curiosidad para analizar prácticas docentes actuales que parece que no están resultando como se quiere. A las reiteradas preguntas de qué es enseñar, cómo enseñar, qué y cuándo enseñar es necesario anteponer un a quiénes se enseña, y mejor aún *quién es la persona que aprende*. Junto a esos interrogantes están niños y niñas que exigen se les respete, se les tenga y brinde confianza, se tenga el convencimiento de sus humanas capacidades para ayudarlos en su caminar creativo.

Si su aprender es por descubrimiento y desde su vivencialidad, caminarán por lo que no conocen y quieren saber mientras florecen sus ganas de crear, de interrogar e interrogarse con coraje y respeto en dialogantes y dialogadas relaciones humanas. Se prende a hablar, a sentir, a pensar, a crear, a convivir y a vivir.

Los niños y las niñas son seres sociales que necesitan aprender a trabajar colectiva y cooperativamente, a disentir, a compartir conocimientos a conversar sus saberes, a escuchar y a acoger otros nuevos. El aprendizaje es una experiencia que se hace en forma individual y el conocimiento es un hecho que puede ser compartido. Y no puede existir el uno sin el otro. Cuando niños y niñas construyen aprendizajes y comparten conocimientos viven participación comprometida que los enriquece en su emocioar cooperativo y humanamente responsable.

Estas palabras del humano acto de aprender y del acto de enseñar dicen de un profesor –creador que aprende y de un niño- creador que enseña. Ambos son seres humanos protagonistas, creadores y gestores que en el enseñar y el aprender se narran vidas, historias, sentimientos y conocimientos; mientras dialogan, conversan y, si viven juntos, pueden practicar debates reflexivos y unirse en una sensibilidad social y moral proyectiva.

Un pensar reflexivo necesita de un emocioar nacido en actos sociales de sanas relaciones afectivas en el entorno y personas acompañantes. Los docentes que nos ocupamos y ocuparán de ellos y de ellas en la escuela e

institutos tienen la exigencia de ejercitar un modo de vivir con una sensibilidad y actitud pedagógica amorosa, honesta y respetuosa, crítica, provocativa; que desde consistentes cuestionados conocimientos y un delicado sentido del humor, genere en niños y niñas la confianza paridora de preguntas. Así, les ayudan a tener un pensar razonable e integrarse a una humanidad amable en sus diferencias.

Un niño y una niña amará vivir una cultura dialogada porque serán oídos y oirán las palabras de otros, serán vistos y verán a los otros, tendrán presencia mientras hacen presentes a los demás.

Desde el asombro y preguntas de pequeños y pequeñas cuestiones que regalan descubrimientos se nutre *Filosofía para Niñ@s*, un programa que invita generosamente a un hermoso diálogo desde sus propias teorías y sus añosos quehaceres prácticos. En él se entrelazan los anhelos comentados en este escrito, porque se unen palabra y pregunta, diálogo y silencio, conversación y proximidad, creación y solidaridad, inquietud y rebeldía. Y bien podría ser el sustento para una nueva mirada, nueva lectura de la educación y una ayuda para que la humanidad renazca de pesares y dolores desde y con floridas preguntas. Allí está la vida que quisiera para que niños y niñas de este mundo crezcan humanamente.

José Manuel Gutiérrez Fernández

Catedrático de Filosofía

Presidente del Centro de Filosofía para Niñ@s del Principado de Asturias